



SOBRE LA NATURALEZA DEL SELF : LA MULTIPLICIDAD, EL CONFLICTO INCONSCIENTE Y LA FANTASÍA EN EL PSICOANÁLISIS RELACIONAL ¹

Jody Messler Davies, Ph.D.²
New York, USA

La autora aborda la naturaleza del *self* desde la perspectiva relacional, a través de considerar los procesos inconscientes implicados: la relación entre los constructos del *self*, los conflictos inconscientes y la fantasía. Se discute la relación entre el *self* y el conflicto inconsciente, la regresión, la disociación y la actuación inconsciente, tal como están conceptualizados desde una perspectiva relacional, así como el *enactment* (puesta en acto o en escena) como aspectos de la experiencia del *self* –las identificaciones y contra-identificaciones- que pertenecen al paciente y al analista, que han conformado el proceso de transferencia/contratransferencia, aspectos no disponibles, al menos temporalmente, a la reflexión consciente del *self* ni a la representación verbal. Finalmente ejemplifica estas cuestiones a través de un ejemplo clínico que se desarrolla en extenso.

Palabras clave: Sí mismo, Conflicto Inconsciente, Multiplicidad, Fantasía, Psicoanálisis Relacional.

The author studies the nature of the self from within a relational perspective. Through the discussion of this concept from a relational point of view: the relationship among the constructs of self, unconscious conflict and fantasy. In discussing the relationship between self and unconscious conflict, I will also touch on the issues of regression, dissociation and unconscious enactment, as they are conceptualized from a relational perspective. Enactment refers to those aspects of self experience- identifications and counter-identifications- belonging to the patient *and* to the analyst, which have infused the transference/countertransference process, but remain expressible only in behavior, aspects unavailable at least temporarily for conscious self reflection and verbal representation. Finally, a clinical example is deeply developed to illustrate this concepts.

Key Words: Self, Unconscious Conflict, Multiplicity, Fantasy, Relational Psychoanalysis.
English Title: On the Nature of the Self: Multiplicity, Unconscious Conflict and Fantasy in Relational Psychoanalysis.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Davies, J.M. (2007). Sobre la Naturaleza del *Self*: la Multiplicidad, el Conflicto Inconsciente y la Fantasía en el Psicoanálisis Relacional. *Clinica e Investigación Relacional*, 1 (1): 53-62.

[http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen11Junio2007/CeIR_V1N1_2007_3JM_Davies/tabid/261/Default.aspx]

En el tiempo que tengo asignado esta mañana se me pide que centre mis comentarios en la naturaleza del *self* desde una perspectiva relacional. Naturalmente, cualquier intento de este tipo por discutir este concepto desde un punto de vista relacional, nos llevará rápidamente al tema relacionado y enormemente importante de los procesos inconscientes; concretamente, a la relación entre los constructos del *self*, los conflictos inconscientes y la fantasía. Al discutir la relación entre el *self* y el conflicto inconsciente también me referiré a los temas de la regresión, la disociación y la actuación inconsciente, tal como están conceptualizados desde una perspectiva relacional. También os daré un ejemplo clínico con el que enraizar algunas de estas nociones teóricas, de manera que si permanecéis conmigo, durante unos momentos de teoría bastante densa, espero que, al final, todo resultará clínicamente comprensible.

Creo que respecto al conflicto hay dos falacias, que a menudo surgen en las críticas del pensamiento racional. La primera falacia sugiere que los pensadores relacionales han desechado completamente la idea de 'conflicto inconsciente'... que el psicoanálisis relacional no es una teoría del conflicto. La segunda falacia sugiere que el psicoanálisis relacional preserva la noción de conflicto pero que la saca del reino intrapsíquico, concretamente del reino de los procesos inconscientes, y, en vez de a éstos se refiere solo al conflicto interpersonal que emerge en el aquí y ahora del análisis de la transferencia y la contratransferencia. Espero mostrar cómo ninguna de estas críticas es precisa, acudiendo a un material clínico específico.

Dentro del modelo clásico, el conflicto intrapsíquico surge de una tensión entre la expresión de una pulsión particular, o de un derivado de una pulsión, y las defensas que se erigen por el yo o el super-yo que inhiben o cambian la naturaleza de esta expresión. Los teóricos relacionales conceptualizan el conflicto intrapsíquico desde una perspectiva completamente distinta. Los analistas relacionales entienden que el conflicto intrapsíquico surge de la tensión entre procesos identificatorios distintos o irreconciliables. Se considera que el *self* y la misma mente son algo parecido a una red fluidamente organizada de organizaciones de la experiencia del *self* / otro interrelacionadas. Cada una de estas organizaciones *self* / otro o "estados del *self*", como les hemos dado en llamar, contiene una representación significativa del otro, una representación del *self* que crece alrededor de este otro específico, y una fantasía organizadora predominante con componentes conscientes e inconscientes que une el *self* con el otro; un nivel de desarrollo a la vez cognitivo y emocional que corresponde a la edad en la que aquella organización particular del *self* / otro se formó, una coloración predominantemente afectiva y una textura única de esa diada representacional concreta. Cuando la experiencia y la comprensión del *self* propio, en un "estado del *self*", es irreconciliable con la experiencia y la comprensión del *self* de otro, tenemos, desde una perspectiva relacional, un ejemplo de conflicto intrapsíquico.

Lo que a algunos les puede resultar confuso es que, en nuestros artículos más técnicos, los analistas relacionales a menudo se dan cuenta del conflicto inconsciente, de estas configuraciones *self* / otro irreconciliables, por primera vez en los procesos interpersonales del aquí y ahora de la transferencia/ contratransferencia. Estos procesos se entienden como una reflexión que revela, o como una ventana, que da al mundo intrapsíquico del paciente y del analista, pero nunca como una sustitución de éste. Del mismo modo, una interpretación de cualquier conflicto identificatorio dado puede empezar

con lo que está transpirando entre paciente y analista dentro de la transferencia/contratransferencia, pero para la mayoría de nosotros también incluiría un intento serio de analizar los patrones más históricos de identificación y contra-identificación, así como los esquemas organizativos centrales y las fantasías que organizan la visión del mundo particular del paciente. Para los analistas relacionales es de la mayor importancia la creencia en que las mismas organizaciones *self*-otro que constituyen la mente del paciente, constituyen la mente del analista. Y que los procesos de transferencia/contratransferencia incluyen el conflicto identificatorio irreconciliable ya que surge tanto dentro de cada participante, paciente y analista, como entre los dos. Nuestros comentarios siempre zigzaguean entre el aquí y ahora, el tú y el yo, y el pasado, presente y futuro.

Esta manera particular de concebir la mente, los procesos inconscientes, y el conflicto, ha sido denominada alternativamente un “modelo de mente de estado múltiple del *self*” o un “modelo de mente basado en la disociación”. Ambos términos connotan redes múltiplemente organizadas, ligadas asociativamente, de sistemas coexistentes y a veces conflictivos, de atribución de significado y comprensión. El concepto de disociación entra en juego cuando las conexiones cognitivas o emocionales entre estos distintos subsistemas de organizaciones *self* / otro se dañan o rompen, habitualmente como resultado de un trauma psíquico, o de un conflicto identificatorio que hace psíquicamente imposible la coexistencia de determinados estados del *self*. Un ejemplo clásico de este tipo de disociación tiene lugar en el caso de una criatura que se debe relacionar con una figura parental que es abusiva ocasionalmente. Hay una identificación separada con la figura parental abusiva y la cuidadora, que existe en relaciones íntimas, con una experiencia del *self* específica a cada una. La criatura no puede confiar en la figura parental como cuidadora y protectora si tiene una imagen de ésta como abusadora en una consciencia coexistente. De modo que las representaciones de objeto, las identificaciones y las experiencias del *self*, se escinden verticalmente en estados del *self* traumáticamente disociados.

No obstante, a medida que los analistas relacionales han evolucionado hacia una confianza más completa en este modelo de mente, el concepto de disociación, originalmente reservado para los casos de abuso traumático y amnesia, se ha ensanchado para incluir formas menos severas de trauma psíquico (tomad por ejemplo la relación de una persona con una madre deprimida ocasionalmente, o incluso las más típicas disociaciones relacionadas con el género, “como ser un hombre para mi padre y como ser un hombre para mi madre”). Aquí, la noción de disociación como un agravante de las conexiones entre estados *self* / otro se ha llegado a contemplar más bien como un *continuum* que refleja la gravedad del trauma y la presencia de un conflicto identificatorio universal, y que tiene la capacidad de fracturar la integridad de la experiencia del *self*.

En algún otro lugar he comparado esta manera de entender la mente a las imágenes y las estructuras de un calidoscopio infantil. Organizaciones de subestructuras a la vez múltiples y finitas, siempre cambiantes, y siempre moviéndose en relación las unas con las otras; patrones, en principio novedosos, que con el tiempo y con la exposición repetida se convierten en identificables. Patrones repetitivos tales que van alternando entre un primer y un segundo plano, pero que reaparecen con regularidad y que se pueden predecir, patrones que representan nuestras relaciones formativas más significativas, y que proporcionan una sensación de tener personalidad y de tener iniciativa, una experiencia de que somos reconocibles para nosotros mismos y para los demás. Unos patrones así crean significado a partir del caos, proporcionan las lentes mediante las cuales vemos el mundo e interpretamos lo que nos sucede. Pero un tipo de organización así del *self* y de los múltiples *si mismos* que constituyen la “mente” implica el mantenimiento cuidadosamente equilibrado de un

estado de tensión óptima entre las conexiones basadas principalmente en la memoria y en las identificaciones que nos dan un sentido de integridad psíquica, y los procesos dinámicos que amenazan con hacer añicos y fragmentar nuestra organización interna. Hay una manera de reequilibrar las fuerzas centrífugas que permite que nuestras identificaciones y contra-identificaciones funcionen como un sistema coexistente de patrón y significado bien establecido, y las fuerzas centrípetas de conflicto y disociación que rompen las conexiones entre nuestros estados del *self* y hacen que los distintos aspectos de nosotros mismos sean, a veces, imposibles de saber y a veces alternantes e irreconciliables

Desde esta perspectiva, el *enactment* (puesta en acto o en escena) se refiere a aquellos aspectos de la experiencia del *self* –las identificaciones y contra-identificaciones– que pertenecen al paciente y al analista, que han conformado el proceso de transferencia/contratransferencia, pero que solo se pueden expresar mediante la conducta, aspectos no disponibles, al menos temporalmente, a la reflexión consciente del *self* ni a la representación verbal.

Me gustaría ilustrar estos pensamientos con material clínico.

Sam tenía 25 años cuando vino por primera vez a mi consulta, declarando taxativamente que quería, “psicoanálisis... de verdad... no cualquier tipo de terapia psicoanalítica aguada... sino psicoanálisis a la antigua usanza...”. Sabía de lo que hablaba porque ya había leído la obra de Sigmund Freud en la *Standard Edition* dos veces, de cabo a rabo. Me preocupé inmediatamente. Había sido el paciente en supervisión de un analista candidato en un instituto de formación clásica de Nueva York, pero había sido despedido, por su psicoanalista hombre, al cabo de varios meses, con la inquietud de que quizás no estaba del todo preparado para un “análisis de verdad”. Estaba preocupado por el hecho de trabajar con una mujer, creía que tal vez necesitara la “dureza” de un hombre... que quizás solo un hombre sería “suficientemente duro” con él y no le permitiría irse con algo que no fuera lo bastante riguroso. Yo pregunté a Sam acerca de la conexión entre cosas que eran “verdaderas”, “correctas”, “rigurosas”, “duras”, “difíciles” y “masculinas”. También le comenté que tal vez parecía tener sentimientos mezclados acerca de la “dureza y suavidad” de las mujeres. (Ahora que llevamos unos veinte minutos de mi primera sesión con Sam. Me gustaría hacer una pausa en mi narrativa y tomar en consideración lo que yo podría especular respecto a los conflictos de Sam en este preciso momento. No sabía nada de su historia del desarrollo y solo cuatro cosas de su pasado educativo y analítico reciente. Pero las cosas ya empezaban a tomar forma. Ya me podía imaginar que Sam tendría algún conflicto entre hacer las cosas “bien” y “mal”, entre ser duro y blando, entre ser retado y tratado rigurosamente y ser abrazado y que se le permitiera tropezar... Daba por supuesto que cada una de estas cualidades representaba una organización significativa del *self*, y que cada organización del *self* estaba ligada a una historia concreta de relaciones objetales con otros significativos que figuraban de forma destacada en su interior. A los veinte minutos de sesión mi mente ya escuchaba de cierta manera. Pero permitidme continuar...).

Sam estaba en el segundo curso de residente médico en una escuela de medicina³ prestigiosa de Nueva York, había recibido un *cum laude* en su graduación en Harvard (aunque no de la manera “correcta”) varios años atrás. Había habido algún tema, que me fue comunicado vagamente, de hecho, sobre un final incompleto, tras la graduación. Parecía que la graduación se le había “retocado” y otorgado porque Sam tenía varios amigos entre los docentes jóvenes. Esta falta impidió que Sam ingresara en la Escuela de Medicina de Harvard, pero él lo racionalizó rápidamente en términos de su amor por Nueva York y el placer de volver a la ciudad. Él ya estaba atajando, tomando oportunidades peligrosas, y

haciendo juegos malabares a fin de permanecer en una buena posición en su segundo curso de la escuela de medicina. Parecía solo parcialmente consciente de los riesgos extraordinarios que estaba tomando. (La vaga organización que está empezando en mi mente, se va redondeando un poco. Se añaden más especulaciones. Ya empiezo a imaginarme que en algún lugar del pasado relacional de Sam hay un falso artista y una persona muy poco flexible cuando se trata de organizar o controlar el trabajo. En algún lugar también hay un otro significativo, real o imaginario, que tal vez haya manipulado y devaluado. Me preguntaba si Sam estaba tratando con identificaciones conflictivas múltiples con otros significativos alrededor de los cuáles se habían formado estados del *self* separados y disociados, o más bien estaba viendo una identificación potente con otro significativo para quien estos conflictos también sobresalían.)

No obstante, había otra cara de Sam. Aunque no era tradicionalmente guapo, había un centelleo travieso, una sensación de viveza, un interés apasionado y curiosidad, y un sentido del humor encantadoramente seco que hacía que gustara fácilmente. Su arrogancia, evidente, estaba compensada por una conciencia fina, que borraba lo muy tosco y monstruoso que podía ser. Era extremadamente brillante, articulado y bien leído. Una tenía la sensación de que el hecho de haber leído la *Standard Edition* dos veces podía y sería usado para producir efecto, pero que también correspondía a un celo intelectual y a un compromiso genuinos. Sam tenía muchos amigos íntimos, a algunos los conservaba desde la escuela elemental. Me comentó que “iría hasta el fin del mundo por un amigo” y que “ellos harían lo mismo por mí”, y yo le creí. Me imaginé que sería estupendo tenerle como amigo.

De modo que dos organizaciones del *self* empezaban a organizarse entre sí en mi mente; la primera, un ser humano simpático, intelectualmente complejo, genuinamente compasivo y cuidadoso; el segundo un personaje tosco, arrogante, bastante omnipotente y extraordinariamente seductor y manipulador!!! Un colega hombre, mayor, con el que estaba en un grupo de supervisión de pares en aquella época me advirtió, “mantente alejada de este tío, es problemático, parece un psicópata... dudo de que sea analizable”. Recuerdo que en aquella época pensaba que este “mantente alejada de este tío” fue proferido en un tono que me recordaba muchos mandatos similares que me hacía mi padre en mi adolescencia y mis años universitarios. También recordé el placer que me daba no tener en cuenta los consejos de mi padre, así como la consternación que sentía al descubrir que en ocasiones su consejo me habría ahorrado mucho dolor y mucha angustia. Así pues, se empieza a organizar un segundo juego de conflictos intrapsíquicos, en la mente de la analista; en este caso empieza con el conflicto entre una analista adulta y una hija adolescente rebelde. ¿Debía aceptar tomar a Sam como analizando, emprender algo que me ha sido prohibido por una autoridad paterna propia internalizada?; ¿debía hacer algo que sentía que era peligroso y excitante a la vez, de lo que sospechaba que me arrepentiría? ¿La visión de mis colegas era tan limitada y de una precaución tan poco razonable como lo había sido la de mi padre? Lentamente e inevitablemente se empiezan a agrupar un conjunto de personajes creados por la díada particular paciente/analista en el escenario intersubjetivo. Un conjunto de actores improvisados, a los que se irán uniendo otros; un grupo de actores que representarán el personaje significativo y el conflicto dramático que impulsará la acción terapéutica del tratamiento. Un grupo de actores definido por la llamada recíproca de los estados del *self* particulares de paciente y analista. Aquí, desde el inicio, tenemos el principio del conflicto intrapsíquico en el escenario relacional: la adulta, de mente sensata, la hija adolescente imprudente, el joven formal y problemático, el peligroso caradura seductor y manipulador.

Pero ¿qué es lo que impulsa la acción en esta obra? ¿Cuál de estos estados del *self*

escoge comprometerse con cada uno y para qué? ¿Qué determina qué actores terminaran siendo el centro del escenario, mientras otros se tendrán que conformar con pequeños papeles? ¿Percibió Sam mis propias identificaciones conflictivas en la manera, el tono de voz, las palabras que escogí y las expresiones faciales con las que le hable? ¿Escogió trabajar o no trabajar conmigo debido a algo inconsciente o no formulado que le hizo gracia? ¿La transferencia emergente empezó a envolverse alrededor de una o varias de estas percepciones todavía inconscientes, creando esperanzas, miedos, expectativas; ahuyentando los estados del *self* conflictivos pero siempre en interacción, exclusivos de nuestra díada paciente/analista particular y potencial? El escenario relacional... ocupado por los estados del *self* relacionales... Relacionados a través del conflicto inconsciente, impulsados por fantasías y motivaciones inconscientes y no formuladas.

A medida que iba sabiendo más de la historia de Sam, estos patrones de conflicto identificatorio se hicieron más profundos y las fantasías vinculadas con ellos se hicieron más matizadas y con más texturas. Las propias razones conscientes de Sam para pedir un tratamiento psicoanalítico emergieron en el curso de las sesiones a las pocas semanas siguientes. Él en aquellos momentos estaba implicado sentimentalmente con dos mujeres a la vez, de una manera que empezó a contemplar como característica de sus primeras relaciones sentimentales. Una era Gwen, su novia de larga duración. Eran amantes desde que estudiaban en el instituto y había una profunda calidez de un amor mutuo y respetuoso entre ellos. Ella quería claramente que la relación durara, aunque él en el último año se había frustrado por una disminución de su deseo sexual por ella. Me dijo que a ella le gustaba su sexualidad “bastante directa” y que para él era difícil sostener el interés confinado en este terreno. Recientemente en la fiesta de un amigo había conocido a una estudiante de postgrado extraordinariamente atractiva, Hillary. Más tarde, esa misma noche, ella apareció por su apartamento vestida solo con un abrigo de pieles y unas botas negras. Hillary inmediatamente se apoderó de su imaginación, y su interés continuado por él se convirtió en una preocupación sexual imperiosa y arrolladora. Durante los últimos seis meses él, con gran dificultad, había mantenido una relación con las dos mujeres, recurriendo a menudo a la manipulación y a la falsedad para evitar que ninguna de las dos supiera de la presencia de la otra. Sentía una enorme vergüenza con respecto a Gwen, pero no sentía remordimientos parecidos respecto a su nueva novia. Sabía que esto era significativo y estaba impresionado por cómo la agresividad de Hillary le había dejado con una sensación falsa de que ella era invulnerable. Le señalé también que parecía que la vivencia de la invulnerabilidad de ella le liberaba del sentimiento creciente de vergüenza culpable e inadecuación que le torturaba en relación a su Gwen. Hablamos de cómo este patrón de dos mujeres; una cálida, cariñosa e interesada por él, la otra sexualmente agresiva, seductora e invulnerable, había sido repetitivo en su vida. En realidad su novia actual inicialmente le había alejado de otra relación anterior y el escenario había sido muy parecido. A medida que creció la intimidad en el interior de la relación, su papel dentro de la obra que se iba desarrollando cambió de tentación seductora a belleza idealizada. Ahora los actores improvisadores de sus estados del *self* conflictivos se añadieron a su mezcla, dos objetos de deseo, que se unirían a la obra.

El comentario casi patético de Sam acerca de la naturaleza de las relaciones que estableció con cada padre (masculino) de sus dos novias es de particular interés como contrapunto. Encontré que esto tenía una significación particular dadas mis fantasías contra-transferenciales inmediatas acerca de mis propias reacciones paternas hacia el paciente. Estos hombres eran muy importantes para Sam, eran muy distintos, se relacionaban con él de una manera muy diferente y en los dos casos él cortejaba activamente su consideración.

Me sorprendía el grado en que cada uno reflejaba uno de los propios estados conflictivos del *self* de Sam, y me preguntaba por el vínculo más propiamente homoerótico del paciente hacía cada uno de estos dos hombres, y su relación más específica con lo que pude saber del propio padre de Sam. Me interesó descubrir que el padre de Gwen era un cirujano prominente, de un destacado hospital universitario. Aunque el padre de Gwen llegó a apreciar muchas de las cualidades de Sam, estaba claro que inicialmente le desconcertaron sus maneras “astutas” y “charlatanas”. Le preocupaba que Sam no fuera de fiar. Que su hija fuera herida. (Parecía que, en realidad, el padre de Gwen, mi colega analista preocupado y mi propio padre le podían captar con gran acierto!!! Indudablemente que ellos estarían de acuerdo con el predominio del *self* manipulador, seductor y poco de fiar de Sam. Aquí una organización *self* / otro dominada por la relación entre un padre tradicionalmente exitoso y moralmente correcto y un hijo manipulador, seductor y peligroso tomó claramente el centro del escenario. Sam contemplaba al padre de Gwen como un miembro elegante, casi aristócrata de la clase dominante intelectual. Y aunque se relacionaba con él con los mejores modales que podía ofrecer su educación en Harvard, a menudo se sentía como un impostor; un pobre chico de provincias, que está de paso por una gran ciudad que desdeña y rechaza la gente de provincias.

El padre de Hillary, naturalmente, estaba sacado de un molde completamente distinto. Enormemente exitoso financieramente, no había recibido educación formal; y se había ganado el dinero mediante una serie de negocios que compró y vendió. Sam especulaba con que se podría involucrar con las apuestas ilegales o con algún otro entramado de negocios turbio, pero nunca quedó realmente claro cuánto había de fantasía y cuánto de realidad en esta caracterización. De todas maneras Sam se veía a sí mismo un poco como un sinvergüenza. Donde el padre de Gwen no le aprobaba, el de Hillary estaba abiertamente encantado acerca de la relación de Sam con su hija. Sam admiraba el talento y la astucia del padre de Hillary, tan distinto de la sofisticación urbana que envidiaba y anhelaba del de Gwen, y los dos se convirtieron en rápidos amigos. Parecía que estaba emergiendo una relación amorosa dual, y antes de que se terminara el primer año de tratamiento yo había empleado mucho tiempo preguntándome por el verdadero objeto de pasión... padre o hija? Por esta época, Sam hizo un comentario, como sin importancia, de que tal vez al final del tratamiento descubriría que realmente quería ser una chica... la hija de alguien... él mismo un objeto de pasión rubio y con ojos azules...! Rechazó totalmente entrar en esta afirmación y contemplaba con un desprecio y desagrado absolutos la posibilidad que yo pudiera considerar este comentario significativo de cualquier modo. Esto no iba a tener lugar durante muchos años.

Para poder centrarnos en ciertos conflictos y fantasías relacionales que pronto emergieron en el tratamiento de Sam, hasta ahora no he dicho gran cosa acerca de su historia infantil. Ahora vamos a cambiar de foco, y vamos a hablar algo acerca de cómo estos conflictos y fantasías se conectaban claramente con su historia infantil y con sus primeras relaciones de objeto significativas.

Sam era el segundo hijo de una familia Ortodoxa griega, una posición de gran honor, triunfo y oportunidad, así como de responsabilidad y carga. Tenía una hermana, Jeannette, cuatro años mayor. La madre de Sam tuvo una depresión posparto bastante severa después del nacimiento de Jeannette –un hecho que empezó a emerger cuando quedé embarazada durante el segundo año de análisis de Sam. Parecería que, aunque la madre se recuperó de este episodio agudo, los años de crecimiento de Sam estuvieron marcados por periodos recurrentes de depresión y de retraimiento relativo. Estos periodos de depresión eran realizados en contraste con otros recuerdos de Sam de su madre como, por lo demás, una

mujer bella, vibrante, y vivaz de gran calidez y ternura. Sam tenía un vago recuerdo de la infancia de su madre yéndose de casa abruptamente durante una crisis de intensa infelicidad, llevándose a Sam con ella, y dejando a su hermanita para que la cuidara su padre. Él era a la vez el chico muy especial de la parte bella y vibrante de su madre, y a la vez el protector y consolador preferido de la parte de ella más oscura, necesitada, exigente y abatida. Claramente, si uno no respondía a las necesidades de su madre, podía ser dejado. Ahora entran en escena dos imagos maternas, junto con un contingente de estados del *self* profundamente conflictivos y divididos, tanto los privilegiados y los elegidos, escogidos para proteger, entretener y encantar a la madre; así como aquellos hartos y enfurecidos por la extrema carga que implicaba el sostener aquel estatus tan elevado.

El padre de Sam apareció como una figura parental tierna, disponible y amorosa, pero que a menudo estaba preocupado por infortunios de los negocios, por su familia de origen exigente e invasora, y dificultades coronarias recurrentes que asustaban a su familia e impregnaban muchos de los recuerdos de Sam con una sensación de haber estado siempre esperando alguna desgracia. A su padre le encantaba leer y tenía un profundo aprecio por la literatura que compartía con sus hijos. Uno de los recuerdos más agradables de Sam eran las sesiones nocturnas en que el padre leía uno de sus clásicos literarios preferidos a toda la familia. A medida que los niños crecieron seguían compartiendo el gusto por la lectura, pero estas sesiones nocturnas continuaron hasta bien entrada la adolescencia; y hasta la fecha se siguen leyendo los pasajes preferidos en las reuniones familiares. En ese hogar los valores más explícitamente enfatizados eran: la educación, el cultivo del conocimiento para enriquecer la propia experiencia y la intensa lealtad familiar.

Sin embargo esos encuentros familiares idílicos podían tomar un significado completamente distinto cuando el clima emocional entre la madre y el padre cambiaban, bien por las preocupaciones del padre, o por las depresiones de la madre. La relación marital era tormentosa. El padre parecía asustado por la infelicidad de la madre, y en respuesta a ella se volvía ensimismado y malhumorado. La madre estaba resentida por las atenciones y responsabilidades continuas del padre hacia las tres hermanas mayores, que jugaban papeles arquetípicos, casi de cuentos de hadas. Las tres hermanastras feas, envidiosas y rechazadoras del bello e infeliz Sam virginal, parecían incorporadas al espíritu de su madre. Aquí Sam recuerda a su padre como rígido y perfeccionista, imposible de ser complacido de ningún modo. Estos recuerdos parecen incorporar alguna de sus primeras experiencias de no hacer las cosas exactamente de forma correcta, de no ser suficientemente bueno... de sentirse como un impostor. "Siempre sentí que mi padre estaba levemente decepcionado conmigo... nunca sabía bien cómo... él nunca lo dejaba claro... yo no acababa de hacer las cosas bien... nunca era lo bastante bueno...era como si perteneciera a mi madre y esto le entristecía... como si se lo hubiera hecho a él y por lo tanto se defraudara". En estas épocas la formalidad de los encuentros familiares nocturnos se volvía rígidamente forzada en vez de abiertamente deseosa y placentera. La forma reemplazaba la substancia. Sam recuerda... "parecía que fuéramos cautivos... prisioneros de la negación de mi padre... teníamos prohibido reconocer abiertamente la rabia de mi padre y la infelicidad de mi madre". Aquí pienso en las identificaciones de Sam, las conflictivas, con el padre erudito, con el padre hombre de negocios fracasado, con el padre hermano pequeño y peón de sus pesadas hermanas. Pienso en las visiones de sí mismo de Sam, el erudito exitoso, el amante de grandes libros, el imprudente temerario que amenaza con destruir sus propios éxitos, y de Sam el hermano mayor que necesita dominar, controlar y torturar a su propia hermana pequeña.

En algún momento del cuarto año de tratamiento de Sam empezó a emerger un

recuerdo altamente significativo que contenía un elemento crítico de la vida de fantasía inconsciente del paciente. Surgió que su padre no había sido la primera opción de su madre como marido, sino que en realidad se habían casado de rebote. Sam empezó a recordar que las veces de infelicidad acentuada, cuando escuchaba los pensamientos y murmullos de su madre, había alusiones veladas a un hombre que “había roto el corazón de su madre”; un amante al que seguía anhelando y de quien hablaba a su hijo pequeño... un hombre cuyas cartas guardaba en la buhardilla de la casa familiar. Está claro que, dentro de este paradigma relacional, la madre de Sam veía al chico como la corporeidad idealizada de las perfecciones perdidas de su amor... la fuente de toda esperanza y consuelo... ella no veía que Sam y su padre se parecieran... y lo mencionaba a menudo. A medida que íbamos hablando Sam empezó a recordar su propia visión inconsciente, no formulada, del verdadero amor de su madre... su identificación con el hombre que llegó a imaginar como el amante consumado y seductor de mujeres... su propia identificación competitiva y su aspiración a ser esta figura completamente romántica e idealizada... su admiración envidiosa de que era “este hombre”, no él, el verdadero poseedor del corazón de su madre... y finalmente una fantasía que emergía lentamente, de carácter menos inmediato, de que era su responsabilidad (de Sam) vengar la humillación de su padre... una humillación que él ignoraba todo el tiempo... y que tenía que castigar a su madre por la traición emocional a su padre. La ruina final de su padre como objeto identificatorio alternativo llegó en su temprana adolescencia, cuando sufrió una coronariopatía grave y debilitante, y simultáneamente perdió el negocio familiar... “comprado y tragado” por aquellos otros innominados más grandes y más poderosos. En terapia empezamos a encajar las visiones de Sam de sí mismo y de los otros, la manera como escogía comprometerse o no hacerlo con los otros significativos, las elecciones que tomaba y las elecciones futuras que vislumbraba.

Soy consciente de que he proporcionado solo retazos y fragmentos, al intentar estrujar un análisis de diez años en una presentación de veinte minutos, sólo un rápido vistazo a una personalidad muy rica en texturas, y a un proceso analítico complejo y difícil. Mi esfuerzo ha consistido en demostrar de qué manera la mente inconsciente, el conflicto inconsciente y la fantasía inconsciente están inextricablemente entretejidos con el psicoanálisis relacional; de qué manera, en realidad, no podría haber análisis sin ellos. Mostrar de qué manera la mente inconsciente está poblada de múltiples configuraciones y organizaciones de la experiencia *self / otro*; de qué manera los estados del *self* múltiples que crecen en estas identificaciones irreconciliables dan lugar a conflictos identificatorios; y finalmente, mostrar de qué manera estos compromisos conflictivos están impregnados e impulsados por la vida de fantasía inconsciente que los define y que literalmente los empuja a ser. He intentado mostrar de qué manera estos estados del *self* imbuidos de fantasía ocupan a la vez los patrones relacionales del presente que paciente y analista traen al análisis, y la historia de las relaciones significativas de objeto que ocupaban los años tempranos formativos de cada uno de ellos. Para el análisis relacional estos estados conflictivos cribados primero harán sentir su presencia en los patrones de la transferencia/contratransferencia que emergen en el encuentro psicoanalítico. No creo que el análisis cambie realmente la esencia de las configuraciones organizadoras *self / otro* más básicas de un paciente. No obstante estoy convencida de que, en la medida en que nuestra familiaridad con estos estados del *self*, y con las identificaciones esenciales incorporadas en ellas, se intensifican y elaboran, nos liberamos de la tiranía de su control interno, inconsciente. Las decisiones significativas, las reacciones emocionales intensas, las pasiones y las inapetencias relacionales, todas se hacen reconocibles como pasado, presente y futuro, los *yoes (sí mismos)* emergentes potenciales y *self / otro* se convocan en

cualquier momento dado del encuentro. Como digo a menudo a los pacientes en momentos de confusión y de toma de decisiones significativa “tenemos que convocar una reunión y asegurarnos de que todo el mundo tenga oportunidad de hablar... todos los “yoes” y todos los “tus”. Aunque es una manera algo fantástica, para mí es quizás la imagen que captura mejor la corporalización del conflicto y la fantasía inconsciente tal como emerge en un psicoanálisis basado en lo relacional.

Por otro lado, los periodos de regresión suponen la intensificación de las barreras disociativas entre las organizaciones self / otro que de otro modo se interpenetran, la consciencia elevada y la elaboración de solo un paradigma significativo, y un colapso de la multiplicidad en esta reactuación traumática y la extinción de posibilidades y percepciones alternativas. Aunque es algo regresivo por naturaleza, porque momentos así tienen el efecto de estrechar la conciencia y extinguir la ambigüedad y el pensamiento en perspectiva, unas regresiones disociativas de este tipo también presentan momentos de receptividad terapéutica más elevada. Mediante la reentrada en la esfera traumática y la reexperimentación de las motivaciones significativas de ambos actores, el paciente y el analista tienen una oportunidad de “rehacer” o “reconstruir” o “volver a hacer” alguno de estos acontecimientos peligrosamente traumáticos y distorsionados. Aunque no hay manera de borrar la experiencia original de la conciencia del paciente, en verdad no lo querríamos. Preferimos aumentar la conciencia de sus efectos deformadores o traumáticos; paciente y analista tienen una oportunidad de construir juntos una realidad alternativa de motivaciones cambiantes y un resultado que tiene una realidad histórica propia y puede permanecer para siempre al lado de los acontecimientos originales que le sobrepasaron.

NOTAS

¹ Ponencia presentada en el Panel II: **El Self**, en el *29 Annual International Conference on The Psychology of The Self*, celebrada el Octubre de 2006 en Chicago. Traducción castellana de Concepció Garriga (Barcelona). Traducido y publicado con autorización.

² **Jody Messler Davies**, Doctora en Psicología. Co-editora ejecutiva de *Psychoanalytic Dialogues: A Journal of Relational Perspectives*. Docente, supervisora y anterior co-presidente del Programa Postdoral en Psicoterapia y Psicoanálisis (Orientación Relacional) de la Universidad de Nueva York. Miembro fundador y anterior Vice-presidenta de la IARPP (*Internacional Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy*). Miembro fundador del *Stephen A. Mitchell Center for Relational Psychoanalysis*. Co-autora (con Mary Gail Frawley-O’Dea) de la obra *Treating the Adult Survivor of Childhood Sexual Abuse: A Psychoanalytic Perspective*. Ha escrito numerosos trabajos sobre aspectos sexuales y eróticos del proceso transferencia/contratransferencia.

³ N.d.T: Se refiere a la Facultad de Medicina y Escuela de Especialidades, posterior a la Graduación